

TÍTULO: Los inquilinos.

AUTOR: Vanesa Proaño Puerta.

Me dolía la cabeza. Me dolía mucho. Era uno de esos dolores malos en los que sientes que el cráneo te palpita y cualquier esfuerzo o movimiento se convierte en una agonía. Era como si tuviera a alguien en el interior de mi cabeza explotando pequeñas cargas de dinamita colocadas estratégicamente para causar el mayor daño posible. Era una de las peores migrañas que había tenido. Intenté aliviar la pulsación masajeando mi dolorido cráneo. Para mi sorpresa, descubrí que tenía un extraño bulto sobre el hemisferio derecho. Con los días, el bulto fue desarrollándose y cambiando de forma. Al palparlo sentía ya sus bordes angulares y su mayor volumen. Por fin, una mañana infernal, aquello reventó y del interior de mi cabeza surgió un pequeño bloque de apartamentos, cuyos cimientos estaban bien mezclados —según me informó mi doctor mientras examinaba mi radiografía con aire aburrido— con mis sesos.

—Podríamos intervenir —comentó el facultativo acercando una extraña lupa a la radiografía—. Pero, sin duda, moriría usted en la operación.

—¿Qué recomienda entonces? —pregunté horrorizado ante tal aciago destino.

—Recomendaría un diccionario —dijo examinando de nuevo mi cabeza. Se acercó más la lupa hasta que su ojo quedó monstruosamente ampliado—. Mire, mire. En el bloque de pisos que ha engendrado en su cabeza, la vida sigue surgiendo. Tiene usted ahí varios inquilinos. —Se apartó y cogió la radiografía del panel. Me la tendió y la examiné. Pude ver las sombras de los diminutos vecinitos que habitaban el inmueble—. Y ese de ahí, el del tercero, ha puesto su piso en «benta», con be. ¿Qué le parece? ¡Lo ha escrito con be! ¡Qué atrocidad! —exclamó más sorprendido por la falta

ortográfica que por el hecho de que un paciente tuviera un minúsculo edificio en la cabeza.

El buen doctor me recetó unas aspirinas y me mandó a casa. Me dijo que seguramente tendría algún que otro dolor de cabeza, pero nada como lo que había experimentado mientras se gestaba y reventaba el bulto.

—Ha sido como el dolor de un parto pero en la cabeza —explicó someramente estrechando mi mano en señal de despedida—. Y bien, en lugar de alumbrar un retoño, usted ha parido esa pequeña comunidad de vecinos. Y el inmueble —apuntó asintiendo a sus palabras—. Un parto difícil, sí.

Dejé su consulta, preocupado por el hecho de tener que vivir con un bloque de apartamentos incrustado en mi cabeza. No quería ni imaginarme las infinitas burlas y comentarios jocosos que aquello iba a provocar en conocidos, amigos y no tan amigos. Pero, como me di cuenta poco después, la estética del asunto no iba a ser el mayor de mis problemas. Como el dichoso edificio se ubicaba sobre mi hemisferio derecho, los diminutos vecinos me tomaron por el propietario de las tierras de su vivienda y, por tanto, por el arrendatario. Y creo que todos pueden imaginar, en este punto, lo insufrible que es el tener que aguantar las quejas y demandas diarias de toda una comunidad de fastidiosos vecinos, por diminutos que estos puedan ser.

—Debe usted saber —me decía una tarde la señora Elvira, la vecina del segundo C, asomándose con cuidado a mi frente— que anoche los chicos del tercero A tuvieron otra de sus fiestecitas. ¡Hasta las tantas estuvieron con la música a todo volumen!

Era esa, sin duda, una información inútil para mí, pues también tenía que soportar las noches de juergas de los jóvenes. Poco caso me hacían cuando les pedía que bajaran el volumen. Ellos se paseaban por mi cabeza y me gritaban «¡carca!», «¡aguafiestas!» o «¡rancio!». A veces, alguno se deslizaba con una cuerda hasta mi oído

e introducía pequeños objetos que, al acumularse en el interior, con el tiempo me provocaron una infección. Lo peor era cuando alguno de ellos se vengaba echando una inoportuna y calculada meadita en mi sopa o mi café, aprovechando cualquier despiste mío. A veces, harto de los tres conflictivos chavales, me cabreaba y daba unas cuantas sacudidas de cabeza, provocándome un dolor de aúpa además de un pequeño cataclismo a la comunidad de vecinos. Claro, entonces salía a protestar doña Hortensia, la del cuarto B, y me acusaba de haberle roto los jarrones de la dinastía miniMing que tenía en el salón. También don Pancracio, el inquilino del primero D, asomaba el puño por la ventana y gritaba algunos improperios que arrancaban ahogadas exclamaciones de horror a todo aquel que los escuchaba.

Las disputas entre los vecinos de la comunidad no eran el único inconveniente que me generaba tener aquel edificio enquistado en el cráneo. También sus hábitos diarios eran, perdónenme la expresión, todo un dolor de cabeza. Por ejemplo, la señora Petra, la vecina del bajo A, tenía por costumbre barrer cada mañana el portal y, de paso, los pocos pelos que yo tenía por esa zona. Le repetía constantemente a la condenada mujer que se dedicara a otros menesteres, pero ella, barre que barre, iba despeinándome —y, de paso, llevándose parte del preciado tesoro—.

—Aquí ya hay poco que hacer —comentaba sin un ápice de compasión, arrancando algún pelillo que bloqueaba los accesos a la vivienda.

—Señora Petra, ¡pare ya, por Dios! —me quejaba, con la vanidad muy malherida—. Deje usted en paz mi pelo y vaya a barrer a otra parte.

—Debería agradecerme que limpie cada día, señor mío —contestaba ella muy ufana—. No sabe usted los piojos que tiene entre esos cuatro pelos que se empeña en conservar. Córteselo ya y asuma su calvicie, que está usted haciendo el ridículo.

—¡Pero deje al muchacho! —me defendía entonces don Rafael, el marido de doña Hortensia—. ¿No ve que con el pelo largo disimula mejor las calvas? —añadía en un cuestionable alegato a mi favor que daba paso a un debate sobre mi cuero cabelludo, debate al que se unía alegremente el resto de la comunidad, para mi consternación.

Había otros problemas en torno al hecho de tener ese edificio en la cabeza. Por ejemplo, en el tercero C vivía don Anselmo, un viudo aburrido que discutía día sí, día también con su vecino del B, don Aurelio, un editor de dilatada carrera que trataba de corregir las numerosas faltas ortográficas del primero. Discutieron por la be del «bende» del cartel de don Anselmo, por la tilde en la palabra «reunión» de un aviso colocado en el ascensor, por la jota de la palabra «sujerencia» que don Anselmo había escrito en la pizarra durante una asamblea de vecinos... Reconozco que escuchando las discusiones entre los dos caballeros aprendí mucho más que en todos mis años escolares, aunque muchas de ellas me provocaron más de una jaqueca.

Otra de las cuestiones peliagudas que me planteó la existencia del dichoso edificio afectó directamente a mi higiene personal. Tras varios sabotajes a mis contados cabellos, no me quedó otra más que reducir y pactar el número y la hora de las duchas que tomaba.

—Ya ha echado usted a perder tres coladas de mi señora con la lluvia —me reñía don Vicente, el presidente de la comunidad de vecinos—. Tenga usted la bondad de recapacitar sobre su comportamiento. Nos afecta a todos.

Pero, sin duda, el mayor inconveniente era que los engorrosos vecinos se creían con el derecho a entrometerse en mi vida privada. Sucedió una noche que, al regresar a casa, mi mujer me recibió con un ceño fruncido que no auguraba nada bueno.

—Está enfadada —me informó la señora Madga, innecesariamente, pues la furia de mi palomita se atisbaba a cien metros de distancia. Estaba de un verde reluciente.

—Discúlpate, muchacho —aconsejó don Prudencio que, haciendo honor a su nombre, siempre predicaba prudencia en todos los actos—. ¡Rápido!

Pero ya era demasiado tarde. Apenas pude abrir la boca cuando mi mujer me lanzó una retahíla de acusaciones sobre la llamada de mi supuesta amante aquella tarde.

—¡Sinvergüenza! —gritó desde su pequeña terraza doña Elvira, como si ella fuera la ultrajada. Y a sus recriminaciones se unieron la de otros inquilinos que se sentían defraudados por mi comportamiento.

—Ha debido de ser por la noche —debatía don Pancraccio con otros vecinos en el zaguán—. Mientras nosotros dormíamos, este descerebrado estaba de picos pardos.

Una semana después se aclaró lo sucedido. La mala fortuna había hecho que la mentada amante despechada marcara un ocho en lugar de un cinco cuando llamaba a la casa del hombre casado con el que, fatalmente, yo compartía nombre de pila y primer apellido. Cuando volvió a llamar para disculparse por el error, mi mujer se mostró todo lo comprensiva que no había sido conmigo cuando negué aquella acusación.

—Siento mucho no haberte creído, cielo —me dijo con cariño una noche después de aclararlo todo, cogiéndome de la mano—. Ojalá lo hubiera sabido antes.

Yo le sonreí mansamente y asentí ante sus palabras, dejando a un lado el borrador de mi autobiografía titulada *Dolor de cabeza, brujería y otras faltas de ortografía*. Poco se podía hacer ya, medité pasándome una mano por el hemisferio izquierdo de mi cabeza, donde pulsaba, desde aquella fatídica noche, una acuciante migraña. Otro bulto crecía allí, bajo el cuero cabelludo. Me pregunté qué hechizo me habría lanzado esta vez. Rezaba porque no fuera otro bloque de apartamentos. Y es que cuando tienes a una bruja —una auténtica bruja, entiéndanme bien— por mujer, nunca se sabe qué esperar.